



Boceto histórico



El emplazamiento de nuestra ciudad, junto a la ensenada que forma un puerto natural abragado, entre los promontorios de San Elmo y El Fortim, fué probablemente causa de su remoto origen.

Aparte de la prehistórica punta de sílex encontrada en

San Elmo, las excavaciones efectuadas en El Fortim dieron por resultado diversos hallazgos relacionados con la villa ibérica, descubriéndose algunas tumbas, de las que se extrajeron, entre otros objetos: ánforas, monedas y fragmentos de loza.

No obstante, siendo pantanoso el valle donde ubicaba la antigua Jecsalis, servía más bien como punto de apoyo para la defensa de la costa, con un fuerte alcázar y una torre de observación de las llamadas de «Aníbal»; existiendo en los primeros años de la era cristiana escasa población, por estar situada nuestra comarca fuera de la red de comunicaciones romanas.

La interesante leyenda de San Félix Mártir, el africano, según la cual, durante la persecución decretada por el emperador Diocleciano, fué arrojado al mar, en el paraje denominado Calasans (Cala dels Sants), atado en una rueda de molino, con la que, sostenido por un ángel, boradó la coina que hoy alberga el Salvamento de Náufragos, llegando sano y salvo a la playa opuesta, fué motivo de peregrinaciones en épocas posteriores, desde Gerona, siguiendo el mismo camino que se suponía recorrido por el Santo, dándose en el siglo XII el nombre de SAN FELIU a nuestra ciudad, en conmemoración de tan notable suceso.

Las generaciones que vivieron en los albores de la edad media, conocieron los horrores de una miseria sin precedentes, siendo arrasadas villas y campos por los invasores árabes y devastadas las costas por los piratas normandos. En aquella época, noche oscura de la historia, se inició la Reconquista, tras duras luchas, en que el terreno era disputado palmo a palmo, hasta constituirse, en la primera etapa, la «Marca Hispánica», dependiente de la monarquía carolingia de Francia.

Bajo el impulso de la Iglesia, y en especial de la ilustre Orden de San Benito, volvió a organizarse la agricultura y el trabajo, creándose en el Ampurdán varios monasterios feudales, de los cuales fué nota-

bilísimo el de nuestra ciudad, con jurisdicción en amplia comarca y algunos puntos de Cataiuña y Mallorca, después de la conquista de ésta. Fué considerado el segundo en importancia a continuación del de San Pedro de Roda.

Se atribuye la fundación de nuestro Cenobio a la magnificencia de Carlomagno. El caso es que se halló un pergamino del año 968, dado por el rey franco, Lotario, al abad Suñer de Jecsalis, del que se deduce que existía el Monasterio desde mucho tiempo atrás.

Sólo al cobijo del monasterio-fortaleza pudo poblarse la playa, siendo clara prueba de la necesidad que se sentía del mismo, el hecho de que por escrito se comprometía la villa a prestar diversos servicios para la conservación de sus murallas y torres, pago de tributos, prestación de guardias, etc.

Los ataques corsarios de Baleares y Argel eran un mal endémico en las costas levantinas, debiendo los monjes cambiar el sayal por la cota de mallas, cuando la torre del «Fum» indicaba, con sus humaradas, la proximidad del peligro.

En 1113 partió de Italia una poderosa expedición naval, de las repúblicas de Pisa, Luca, Florencia y Roma, para terminar con el foco musulmán de Baleares. Tomaron tierra equivocadamente en nuestras costas, concentrándose la flota en nuestro puerto, donde se firmó un pacto, por el que se nombraba al Conde Ramón Berenguer III de Barcelona, jefe supremo de las fuerzas aliadas, viniendo a esta ciudad numerosos nobles de Cataluña y Provenza.

En la segunda y definitiva ocupación de Baleares por Jaime I el Conquistador, gran cantidad de guixolenses poblaron aquellas islas, después de haber contribuído a su conquista, en méritos a lo cual fué nombrado el abad Bernardo de ésta, obispo de Mallorca.

Durante la Cruzada de 1285, 250.000 franceses y fuerzas mercenarias invadieron nuestra patria, para terminar con «el pequeño rey de tan pequeño reino» — Pedro III el Grande de Aragón — y vengarse de las graves derrotas sufridas en Italia. Cuando los galos, después de muchas dificultades, lograron infiltrarse y poner sitio a Gerona, donde el vizconde de Cardona, con un puñado de almogávares resistía los embates de un enemigo incomparablemente superior, el almirante francés Lodeva forzó la entrada en nuestro puerto, con sesenta naves, para asegurar el aprovisionamiento del ejército de tierra. Como castigo